



9822  
Breña, año XXI, N.º 1594, miércoles 22 de  
diciembre de 1965.

Pág. 13

## Seis Peniques para Maugham

EN UNA SENTUOSA MANSIÓN sobre la Riviera francesa, atendido por 11 sirvientes y rodeado de flores y árboles mediterráneos, acaba de morir Somerset Maugham, uno de los escritores británicos más célebres de este siglo. Sordo y semiciego, su cara de 91 años, arrugada y sofocada, parecía expresar la muerte con una impaciencia apacible e indolente. Tras su 55 millones de libros editados y 38 millones de dólares, contradiciendo así la tradicional imagen del escritor, que muere de hambre, frío y rabia, en alguna oscura habitación, olvidado por un público que reconocerá sus méritos muchos años después de su desaparición.

Sin embargo, hasta los 30 años, parecía ser todo el destino de Maugham: "Cuando llegue a Londres tenía tres mil libras esterlinas en el bolsillo y veinte años de edad", cuenta en sus memorias literarias. "Había venido a estudiar la vida como escritor... Al cumplir los treinta, había gastado mis últimas diez libras. Estaba francamente desesperado. Y, de pronto, alguien decidió, en un momento de abstracción, producir una comedia mía". Fue un éxito. Después se sucedieron, entre otras obras, novelas, cuentos, comedias, todos "best-sellers".

Entre ellas hay una obra maestra, *Servidumbre burguesa*, novela autobiográfica que cuenta la vida de Philip Carey, hombre débil y sensitivo, dominado por una deformación física que en el símbolo de su incapacidad para encontrar el camino adecuado en la vida. Angustiado, vacilante, pálido, fracasado, ensogado una y otra vez por una mujer que cada vez, finalmente comprende que "la vida no tiene sentido, que nada tenía sentido" y culminado por esta revelación, se sustrae a una vida fuertemente mediocre, pero llena de paz.

Esta es, sin embargo, la única gran obra de Maugham, que siendo uno de los autores más leídos y populares, se limitó a un ser sin pasiones profundas, que no se esforzó por innovar, ni buscó destruir la esencia del ser humano, de una época tardía, de una época. Siendo un narrador fuerte, que apacifica, nunca los capta de realidad el camino fácil, como hizo Larry Durrell (Al filo de la mañana), quien se abrió del estilo social, el momento oportuno, una mujer bella, para buscar la verdad que sostiene y fundamenta el mundo.

Maugham mismo lo reconoce. ("Con-

sidero natural que el mundo intelectual no le haya dado gran importancia a mis obras: lo único que quería era contar una historia.") Sus personajes generalmente se dividen en los que consiguen el camino fácil y no fueron felices; y los que encajaron el difícil y tampoco lo fueron, pero por lo menos se sintieron realizados. La luna y seis peniques, novela sobre Chaucer, se tipica en este sentido y es el reverso exacto de su propia vida. Maugham fue hasta los 31 años un acomodado bancario parisino. De repente dejó todo, fortuna, familia, país, y se va a pintar a Tahití. Allí muere abandonado, miserable (taquí lo expresó según Maugham), dejando tras sí algunas de las pinturas más extraordinarias del mundo. Maugham tiene este sentimiento justamente a los 30 años: y al Océano profirió la luna, Maugham se quedó con los seis peniques. Finalmente se entrevistó con superlativos, se hace más consciente. El mismo hasta advierte que el éxito puede ser una tarántula para el escritor que sigue las dictadas del público en vez de adelantarse y guiar la opinión de su época.

Maugham vivió una vida muy agitada, plena de aventuras y viajes. Se le dio por suerte durante la Segunda Guerra Mundial, cuando tuvo que huir de Francia. Cada año producía otra obra, anunciando que "era la última". En los últimos años se retiró a su villa a orillas del Mediterráneo. Hace tres meses un periodista británico intentó entrevistarlo, sólo consiguió algunas frases indolentes y acedidas ("yo soy tarantulado, sabe usted. Toda mi vida lo he sido"; "yo sólo hablo varias idiomas"; "me entretengo unido con nosotros"; o llamados a su perro para que apareciera con él en una fotografía). Un diálogo con el viejo narrador era



SOMERSET MAUGHAM: epilogo a los 91 años.

imposible. Finalmente el periodista tuvo que convencer con Alan Bennet, acompañante y amigo de Maugham. Carlos, llamado "tortolita", varias, llevaban la existencia de los dos hermanos. "Recuerdo", declaró Noel Coward y David Niven... y los tipos de acia preparatoria pasaron a saludarlo. Se limitaron a darle la mano. Pero era la muerte la que dominaba la conversación. "Quiero morir", dice Maugham. Y minutos más tarde: "Quiero que lo escriban en Chaucerbury — qué extraño, cuando se piensa que pasó allí los años más tristes de su vida". Pasó los años por el jardín. Maugham se dedica a examinar las raíces y los ca-

lidos. Agrega Bennet calladamente: "No puedo dejarlo ahora, aunque necesito unas vacaciones. Soy como un prisionero acá".

Al morir, Maugham pensó Maugham en aquellas palabras que escribió en 1938?

...Una semana en que siento una crisis tan intensa de la muerte, que voy hasta más allá de la vida de una mujer. Ella me produce la misma emoción experimentada por otros, que la vida. Por eso creo que una vida es una vida. No he vivido la vida que conocí la muerte, la muerte he vivido aquella que me hubiera gustado, me hubiera gustado que me hubiera gustado.

A. D.

## Seis peniques para Maugham [artículo] A.D.

Libros y documentos

AUTORÍA

A. D.

**FECHA DE PUBLICACIÓN**

1965

**FORMATO**

Artículo

**DATOS DE PUBLICACIÓN**

Seis peniques para Maugham [artículo] A.D.

**FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

**INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

**UBICACIÓN**

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile